

FIESTA DE SANTA TERESA 2009

Homilía del P. Saverio Cannistrà, Prepósito General OCD

Teresianum - Roma

Este año la celebración de la fiesta de Santa Teresa adquiere para nosotros carmelitas un significado particular. Es el año del Capítulo General, en el que nuestra familia religiosa ha decidido emprender un camino de preparación para el quinto centenario del nacimiento de Teresa. Esta preparación consistirá sobre todo –según las mismas palabras del documento capitular– en “leer cada año en la Orden, desde el 15 de octubre de 2009 hasta 2014, personal y comunitariamente una obra de la Santa Madre Teresa de Jesús” (*Para vos nació*, nº 38). Así pues, desde hoy nosotros carmelitas, tanto personal como comunitariamente, adquirimos el compromiso de dedicar todos los días un poco de nuestro tiempo y de nuestra atención a la lectura de los escritos de Teresa. Es un compromiso discreto, escondido y, sin embargo, esencial. ¿Qué esperamos de este “ejercicio de lectura? No leeremos a Teresa simplemente para aumentar nuestra cultura, para obtener de ella contenidos históricos y doctrinales que estudiar y enseñar. La leeremos para entrar en comunicación con ella, para conocer la persona que nos está hablando y, en familiaridad con ella, para conocernos a nosotros mismos. Mi profesor de filología románica, Gianfranco Contini, uno de los lectores más penetrantes que he conocido, definía al buen lector como “quien está disponible a dejarse invadir por el ánimo del otro, a través de la lectura”. Es esto precisamente lo que esperamos de la lectura: que el ánimo de Teresa invada nuestro ánimo, los ánimos de nosotros hombres y mujeres de este tiempo, portadores de los problemas, de las esperanzas y de las angustias de esta generación.

Nuestros ánimos están inquietos, como siempre lo está el corazón del hombre peregrino en la historia, aunque esta inquietud en la actualidad adquiere connotaciones particulares, los rasgos característicos de nuestra sociedad civil, de nuestra iglesia, de nuestras comunidades familiares y religiosas. Estamos sedientos como la Samaritana que va al pozo para sacarse agua. Pero ¿qué agua podrá saciarnos verdaderamente, no sólo por un momento, no sólo superficialmente, sino plena y definitivamente? No se trata del agua que podemos sacar nosotros con nuestras fuerzas de los pozos que nuestros padres han excavado. Es el agua que mana copiosa de la persona de Jesús, que nos encuentra aquí y ahora, aparentemente de modo casual, pero que en realidad nos conoce desde siempre y lee en lo profundo de nosotros, en los oscuros retiros de nuestro corazón. También Jesús tiene sed, es movido por la sed. La mujer Samaritana y el hombre Jesús se encuentran juntos en el pozo, llevados por la búsqueda de agua. Jesús, cansado del viaje, en el momento más caluroso, experimenta la misma sed de la mujer, que ha ido al pozo, experimenta la misma sed de los discípulos, que han ido a la ciudad a comprar alimento. La humanidad de Jesús es exactamente nuestra humanidad con sus achaques y sus fragilidades, pero también es, en todo esto y a través de todo esto, la humanidad que llega a su cumplimiento, “que es perfecta”, como dice la carta a los Hebreos, y por eso mismo llevada a su patria, que es el seno de las relaciones trinitarias. Es la humanidad del Hijo que se alimenta de la voluntad del Padre y perennemente es saciado y renovado por el agua viva del Espíritu. Jesús hizo un largo viaje para llegar al pozo en el que encuentra a la Samaritana: no sólo el viaje por los caminos de Galilea y de Samaría, sino el viaje que lo llevó desde el Padre al hombre en su distancia, en su extravío, en su infidelidad. Pero es hermoso observar cómo por el encuentro con él, también la Samaritana emprende un viaje, que es el de encontrarse a sí misma y, por tanto, de anuncio y de testimonio: He encontrado a quien me ha conocido desde el fondo, a quien me ha hecho descubrir mi verdad y dignidad de hija en la verdad del Padre.

No maravilla que Teresa se fascinase por este episodio evangélico y se reconociese en la misma mujer sedienta. También ella estaba cansada de caminar (“Pues ya andaba mi alma cansada”, escribe en *Vida* 9, 1) y tenía sed de paz y de luz: “Entendía yo –a mi parecer– le amaba, mas no entendía en qué está el amar de veras a Dios, como lo había de entender” (*Vida* 9, 9). Y en esta oscuridad y angustia se mantiene hasta que no se levanta por la gracia hasta su actuante presencia: Él estaba allí, frente a ella, para decirle, con todo su cuerpo herido, que estaba por ella y con ella, siempre y en todas partes. Desde entonces Teresa comienza a entender que amar verdaderamente a Dios significa antes que cualquier otra cosa acogerse de verdad de su amor. Es el amor de Dios que ha vencido a la muerte en la resurrección de Jesús. Teresa se encuentra con el Crucificado resucitado y en su cuerpo ve, lee con claridad el poderío de este amor, capaz de superar toda resistencia y abatir cualquier obstáculo. Teresa se abandona totalmente a él liberándose de todo lo que la frenaba en el plano personal, social y eclesial. Su corazón herido es el corazón del hombre nuevo, el corazón de carne (Ez 11, 19), liberado y aliviado, como en el impulso ascensional de la representación de Bernini, hacia el amor que la atrae a sí y la hace suya. Su esposa, se dirá y se ha dicho, pero todavía más su amiga y su colaboradora. Precisamente como la Samaritana es descrita como la amiga que habla con Jesús y la discípula que habla a los demás de Jesús, así Teresa. A la pasividad de ser perdonada, escuchada y amada por Jesús, corresponde la actividad de la amiga y colaboradora que ya no se espantará más de su debilidad o de las dificultades materiales o de los prejuicios de los hombres, aun siendo eclesiásticos influyentes. Teresa se pone en camino y no dejará de caminar hasta su muerte, que es para ella el umbral más allá del cual continuará caminando al encuentro con él, ya verdaderamente Esposo contemplado cara a cara.

Teresa nos invita a seguirla en su camino al encuentro del Crucificado resucitado, en todas las páginas, en todas las líneas de sus escritos. Nos repite que Jesucristo está vivo, con una vida ofrecida y donada a quien quiera acogerla. ¿Qué es lo que nos impide seguirla? ¿Qué es lo que nos impide hacer su misma experiencia? Quizás una respuesta la encontramos en el pasaje del libro de la Sabiduría, que ha sido proclamado como primera lectura: “ La preferí a cetros y tronos, y en nada tuve a la riqueza en comparación de ella” (Sab 7, 8). La Sabiduría se deja encontrar por quien se decide por ella, por quien compromete en ella la propia libertad. Nos ocupan demasiadas cosas, cosas que no elegimos libremente, pero de las que dejamos que se llene nuestra vida. No nos alimentan, no nos sacian, no nos dan calor, y sin embargo no tenemos la fuerza de librarnos de ellas. Sabemos que Teresa luchó durante mucho tiempo por librarse de lo que poseía o, por mejor decir, de lo que la poseía. No podemos por ello pensar que para nosotros sea más fácil que para ella, ni que sea posible llegar a una verdadera transformación de nosotros mismos sin la gracia de Dios, invocarle de modo incansable, y sin un serio compromiso por nuestra parte. Un compromiso que debemos ejercer en una doble dirección: en desnudarnos de tanto lastre, que nos detiene y nos confunde, y ponernos manos a la obra para cumplir responsablemente el trabajo que se nos ha confiado. En el fondo, el hombre está hecho de tal modo que sólo la acción obediente a la voluntad de Dios puede transformarlo. Y lo afirmo sabiendo perfectamente lo importante que sea la voluntad de Dios y no la del hombre la que dirija, desde el interior, nuestra voluntad. Que Teresa nos enseñe a reencontrar nuestra libertad en entregarnos a aquel que nos quiere efectivamente libres.